



Trabajos literarios realizados en el

**Taller literario de la Embajada Argentina en Francia**  
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

**El desquite**

Un cuento de **ALFREDO BENIALGO**

Ismael Abú Saad, hijo de inmigrantes sirios nacido en Berisso, tenía doce años cuando mezcló por primera vez un mazo de naipes. Ya adulto, describiría a ese ejercicio inocente como una ceremonia premonitoria.

Los Abú Saad fueron comerciantes de éxito en una época de fracasos generales. La fortuna familiar permitió, entre otras cosas, que los cuatro hijos varones tuvieran una educación esmerada. Ismael, el menor, carecía de vocación por el estudio pero no de inteligencia. Cierta resignación musulmana, cierta obediencia atávica y ¿por que no? el sincero cariño que siempre sintió hacia su padre, el sufrido don Ibrahim Ahmud Abú Saad, que soñaba con peregrinar alguna vez a La Meca con sus cuatro hijos ya profesionales, lo ayudaron a concluir sin demasiada exigencia la escuela secundaria y aún la universitaria. A los veinticinco años recibió con discreta emoción el diploma de Geólogo. De toda la carrera las únicas materias que habían conseguido despertar en él algo de entusiasmo fueron, por razones que entenderemos enseguida, aquellas en las que abundaran los números, es decir, matemáticas y estadística.

Para entonces Ismael ya había mostrado de sobra la hilacha del tahúr. Gastaba en juego lo que no tenía, se endeudaba con facilidad, vivía pidiendo plata prestada y registraba trifulcas con amigos y parientes que lo acusaban de estafador.

Increíblemente, esa maña de Ismael contaba con la indulgencia del padre quien, a pesar de no justificarlo jamás y de reprimirlo con voz severa, siempre terminaba protegiéndolo. ¿Cuántas veces don Abu Saad había puesto la cara y el bolsillo por él, cuántas tuvo que inponerse a sus otros hijos que le recriminaban su preferencia por el vástago menor?

Por alguna razón el viejo no pudo o no quiso ver más que pecados de juventud en las fechorías que perpetraba su hijo dilecto. ¿Lo hacía porque no perdía la esperanza de retornarlo al corral de los justos o porque era verdad que lo quería más que a los otros? Nunca se sabrá. Ismael sabía muy bien ganárselo al padre.

Pero además de la timba Ismael tenía otra debilidad: las mujeres. Aquí no dependía sólo de la suerte. Era elegante, atractivo, cínico, encarador, con cierto toque de timidez (fingida, claro) y una mirada melancólica que le daba un aire de vulnerabilidad que aumentaba su encanto. El menor de los Saad era eficaz en el mejor de los juegos: el de la seducción. A Ismael las mujeres lo aceptaban, lo incorporaban a su mundo con rapidez y naturalidad, con ganas, con hambre. Sí, tenía el don. La estrella de la felicidad masculina brillaba para él. Como todo jugador en esto tampoco daba tregua ni sentía culpa y, ganara o perdiera, jamás lloraba. Así fue como arruinó noviazgos prometedores y matrimonios constituidos, se acostó con amigas, vecinas y alguna vez hasta parientas; desfloró de tanto en tanto y, en algún descuido, que se le va a hacer, embarazó.

El viejo don Abú Saad, árabe al fin, se divertía secretamente con esas hazañas y lanzaba su poncho protector sobre su hijo, cubriéndole una fuga, ocultándolo, bancándole los exilios y silenciando con plata a padres indignados y a cornudos enfurecidos.

Con seguridad (esto surge del último acto de su vida) Ismael también era muy rendidor en la cama.

Pero el rumbo de la vida de Ismael cambiaría decisivamente con la muerte del viejo don Ibrahim Amhud Abú Saad, cuyo cansado corazón se negó a latir una mañana y se fue de este mundo sin cumplir su sueño de peregrino.

Los tres hermanos mayores no perdieron el tiempo: con el cadáver del padre apenas frío y asistidos por diestros abogados, dividieron en partes iguales la herencia familiar y le dieron el adiós financiero a su resabioso hermanito.

Esto no afectó el ánimo de Ismael en lo más mínimo. Al contrario, con esa pequeña fortuna en su poder se sintió libre por fin. A partir de ese momento dedicó su vida por entero a la timba. Jugó a todo y ganó y perdió sin quejas. Hasta que a los treinta años una parada brava al pase inglés lo arruinó. Quebrado y sin crédito, por primera vez la calma del tahúr lo abandonó. El suicidio no iba con él pero la traición no le sentaba mal. De modo que, rápido para las felonías, hurgó una mejicaneada. No le fue difícil tentar a tres o cuatro malandras y pasarles el dato de un garito de jugadores fuertes a cambio de un porcentaje del botín.

Unas horas después del asalto, mientras se aguantaba en la habitación de un hotel de la calle Libertad en Buenos Aires, se recostó para pensar. El sobre con su parte del botín se apretaba bajo la almohada cuando se quedó dormido tocándolo con la punta de los dedos.

Tuvo un extraño sueño: un desconocido lanzaba tres dados una y otra vez sobre una mesa de mármol frente a él. Ismael, en una rueda de apostadores con un fajo de billetes en la mano, no lograba ver los números en las caras cuadradas de la suerte por más que se esforzaba. Entonces, una voz ronca harto conocida, lo llamó desde el fondo de un pasillo entre paredes desconchadas y mal iluminado. Se despertó sobresaltado: algo muy malo estaba por pasar y el viejo volvía de la muerte a rescatarlo. El mensaje era claro: tenía que desaparecer de Buenos Aires. De inmediato, en medio de la noche abandonó el hotel rumbo a Retiro.

Fui y vino durante un buen rato de la cartelera con llegadas y partidas a las boleterías chequeando horarios y asientos libres. Encontró finalmente que había pasajes para dos ómnibus que salían treinta minutos más tarde hacia dos destinos opuestos: Bariloche y Jujuy. No dudó un instante: revoleó una moneda y el azar le cantó Bariloche.

Al momento de comprar el pasaje dio un número de documento inventado y un nombre falso. El viaje se le hizo interminable. Su futuro no era negro pero tampoco brillaba. Disponía de una fortuna discreta, suficiente como para que un hombre corriente empezara de nuevo. Pero ese no era su caso porque él de corriente no tenía nada y además de empezar de nuevo tenía que esconderse. Los dueños del garito tarde o temprano iban a saber quien había sido el entregador y lo buscarían para cobrársela. Por lo tanto su nombre no debía figurar en ningún lado. Esto iba a ser una dificultad para buscar trabajo, invertir o alquilar un lugar adónde vivir. Le costó muchísimo dormirse. El paisaje nocturno más allá de la ventanilla era una pared de brea que cada tanto se diluía en las luces de algún pueblo. Cada vez que el ómnibus se detenía no se movía del asiento. Con el vehículo en movimiento se levantaba a cada rato para ir al baño a mear y al dispenser a traerse café o agua. No comía nada. Cada tanto intentaba conciliar el sueño. Pensaba en mujeres, recordaba escenas reales del pasado o las imaginaba con mujeres que habían sido suyas de verdad o con otras a las que le hubiera gustado seducir. Este método siempre le había dado más resultado que el clonazepán. Por ejemplo: el recuerdo de fulanita en cuatro patas o la película inventada con menganita en la misma pose eran, luego de un breve período de suave excitación, un tobogán hacia el reino de los sueños. Pero esta vez el método no le daba resultado: las imágenes eróticas eran reemplazadas por las de él mismo tapándose con cartones para pasar la noche en un banco de plaza rodeado de escarcha patagónica. De esta manera, las imágenes placenteras se volvían destellos en el medio de una negrura igual a la que tapiaba los vidrios de la ventanilla.

Ese terror que lo acompañó durante tantos kilómetros, le sirvió para encarar su nueva vida en una ciudad desconocida con extrema cautela. No le fue tan mal. Consiguió hospedarse las cinco primeras noches en un albergue de cuarta bajo un nombre falso distinto al que había inventado para viajar. Pudo retrasar la presentación del documento al encargado pagando por adelantado y mintiendo: -Me lo olvidé en Buenos Aires, pero ya lo mandé pedir. Me dijeron que en un par de días me llega por correo.

Utilizó el mismo método en pensiones hasta que encontró una en la que no le pidieron nada y se quedó. A más o menos un mes de estar viviendo en ese lugar, el dueño, un alemán al que solamente le interesaba saber si su futuro inquilino tenía la plata para pagarle por adelantado sesenta días de renta, le propuso alquilarle una cabañita en las afueras para él solo. Ismael respondió que podría ser pero que primero quería ir a verla. El alemán lo llevó en su propio auto a conocerla.

El lugar le gustó. Era una cabañita de troncos construida en el faldeo de un cerro. El interior, seguramente pensado para alojar parejas de turistas, era bastante confortable. Tenía una sola habitación grande con un baño y estaba equipada con lo esencial: una heladerita, un anafe, una mesada con pileta y vajilla para dos personas; en el rincón opuesto estaba la cama de dos plazas con su mesa de luz y su velador. El centro del lugar lo ocupaba una mesa de campo desde la cual, a través de una de las ventanas, podía verse un pedazo del lago Nahuel Huapi.

Ese mismo día le pagó al alemán y se mudó.

La cabaña estaba en un barrio algo alejado del centro cívico pero a unas cinco cuadras pasaba un colectivo y, imposibilitado como estaba para comprarse un auto por el momento, se resignó a viajar por ese medio.

Morigeró bastante su vicio: concurrió al casino sólo los sábados, jugó nada más que a la ruleta y atenuó las apuestas. Leyó mucho y se propuso aplicar el cálculo probabilístico a la aparición del color rojo o a la decena del diez.

Una de esas noches en el casino la suerte se empezó a inclinar para su lado: conoció a la esposa de un gerente minero. El marido viajaba bastante y la mujer mataba la soledad jugando. Una veterana linda y sensual que quería ser infiel. Ismael no se durmió: su curriculum de geólogo era nulo pero al de seductor le sobraba letra y en un par de días ya dormía con ella. Ambos se dieron lo mejor de cada uno: ella lo quiso sinceramente y le consiguió un trabajo en la empresa del marido y él, por su parte, la cogió como Dios manda.

Aunque algo pasado de edad para empezar en la profesión, Ismael Abú Saad aceptó las reglas del juego y volvió a la geología con entusiasmo. Humildemente releyó las obras básicas de las ciencias de la tierra y se actualizó en economía y política minera. Le fue asignado un salario respetable, una camioneta Land Rover flamante y la misión de recorrer la Patagonia a la caza de prospectos mineros. Durante dos años fue feliz. Buscar negocios mineros rentables era también una forma de jugar.

En octubre una nevada insólita para la época lo retuvo en un pueblo perdido entre las mesetas. Vivió cuatro días entre mineros y arrieros en un hotel con piezas de puertas dobles que daban a un patio central. El edificio era viejo y algo ruinoso pero la calefacción y la comida eran buenas. Un pasillo lateral unía el sector de las habitaciones con dos salones que tenían ventanales a la calle, ambos se comunicaban por una puerta con jambas descascaradas. El más iluminado cumplía la función de bar y restaurant y el otro la de bailanta y quilombo.

A la noche después de las once, en el bar-restaurant se permitía jugar a los naipes por plata. Del dintel de la puerta que conectaba ambos salones, colgaba una cortina de cañas huecas que alcahueteaba el paso de las putas, que iban y venían rondando las mesas en busca de clientes entre los jugadores.

La última noche que Ismael pasó en el pueblo, aceptó la invitación de incorporarse a una partida de chinchón en la que habían quedado dos jugadores. Ismael despreciaba esos juegos de familia pero vio un pozo respetable y aceptó.

Algo empezó a funcionar mal. Tal vez fuera la subestimación natural que sentía hacia esa clase de juegos y por ende también hacia las personas que lo jugaban, lo que le espantó la suerte. Ni una sola vez ligó algo que valiera la pena en todo el tiempo que duró aquella partida. Para colmo sentado frente a él, un tape gordo y grandote al que apodaban El Chino, no paraba de ganar. Sus manos morenas barrían pozo tras pozo ante la mirada inquieta de Ismael que orejeaba las cartas esperando en vano el desquite.

Como a las dos de la madrugada un tumulto en el otro salón desconcentró a los jugadores, que suspendieron la partida para levantarse de la mesa e ir a mirar lo que estaba pasando. Detrás de la cortina de cañas huecas, en la bailanta, una puta adolescente se había caído y dos hombres la ayudaban a levantarse. Semidesnuda y ebria, reía. Ismael la miró con atención, era muy linda.

Alguien la retó desde una puerta entreabierta.

-¡Fátima, carajo, vení adentro!

La chica respondió con un gesto obsceno.

-¡Jodete! -le gritaron desde la puerta que se cerró con un golpe seco.

Los jugadores regresaron a la mesa y reanudaron el juego.

Al rato los volvió a interrumpir un tumulto mayor al anterior que sumaba a los gritos y puteadas, el ruido de unas sillas arrastrándose contra el piso de baldosas. Esta vez el escándalo era grave.

Luego de reclamar silencio en vano, los jugadores volvieron a levantarse y fueron a mirar: Fátima estaba siendo violada sobre una mesa de bar. Dos hombres parados junto a ella, uno de cada lado, le sujetaban los brazos y mantenían sus piernas abiertas y alzadas, mientras otro la penetraba.

Fátima los puteaba con una voz aguardentosa.

Una cara colorada y sonriente interrumpió la visión de los jugadores.

-Si se quieren servir -dijo una boca sin dientes con un ademán de convite- la casa invita.

Ismael amagó darse vuelta para regresar a la mesa, pero para su asombro sus dos contrincantes se adelantaban y encaraban hacia Fátima.

Viendo que se le esfumaba la posibilidad de desquite, se alarmó.

-¡Oigan! -dijo, dando un paso adelante y apoyándole la mano en el hombro al chino- ¡No se abandona una partida de esta manera!

-¿A no? -le respondió El Chino, desabrochándose el cinturón y riéndosele en la cara- Nomás mírenos don.

Ismael deploró la escena y, con un gesto despectivo dirigido a la concurrencia en general, volvió otra vez a su lugar.

Pidió algo fuerte: la grapa turbia y amarillenta que con otro estado de ánimo no se hubiera dignado a probar. Desanimado, en silencio y fumando un cigarrillo tras otro, se la pasó jugando al solitario todo el tiempo que duró la función en la bailanta.

Un rato más tarde, animosos, exultantes, entre carcajadas y empujones amistosos volvieron los violadores al bar pidiendo bebidas. Tomaban y reían. El chino grandote refirió una hazaña de resistencia sexual que todos festejaron a media sonrisa. Ismael los observaba. No era la plata perdida lo que le dolía sino que se la hubiera ganado ese despreciable pajero y bocón con suerte que encima lo había dejado sin revancha.

-¿Saben de donde soy? -preguntó en voz alta.

-De Berisso -se respondió él mismo.

-Ajá -contestó alguien desde el súbito silencio que había generado su pregunta- ¿Y?

-En Berisso se debuta temprano -continuó imperturbable Ismael-, se coge desde chico. Los berissenses empezamos a coger desde muy jóvenes y a medida que más vamos cogiendo, menos ganas de hablar tenemos.

Ahora el silencio que sabovedaba las palabras de Ismael podía tocarse.

-Dicen en mi pueblo, en Berisso -remarcó estas palabras mirando fijamente al chino a los ojos - que los hombres que más hablan son los que menos cogen.

Hubo un murmullo socarrón coronando esa última sentencia, que El Chino, incómodo, cortó con una réplica resentida.

-Usted ha de ser muy rendidor con las hembras.

-Tanto -contestó Ismael con una sonrisa despectiva- que ni preciso andar hablando al pedo.

El Chino se incorporó como un resorte pero fue contenido inmediatamente por la orden proveniente de un rincón. Un hombre, el dueño de esa orden, surgió de la sombra y se arrimó lento junto a la mesa de Ismael. Hablaba con la misma velocidad con la que se desplazaba. Las miradas de todos lo fueron enfocando.

-Cada cual templa sus mañas -dijo con un acento que Ismael interpretó como anacrónico aún para ese lugar- El Chino, aquí presente, no quiere darle desquite al forastero y además menta cosas que nadie ha visto. Y usted mi amigo se ve que espera un desquite.

-Es lo que se acostumbra entre jugadores de verdad.

El hombre llevaba puesto un poncho recogido en el cuello.

-Bien justo es lo que reclama y digo que se haga de todo este entuerto alguna utilidad. Que se cambie el juego para que El Chino pueda probarse y este hombre tenga la revancha que anda buscando. Hay gente ganosa de apostar, una mujer dispuesta y la cancha ya está armada.

Ismael tardó unos instantes en comprender cual era el nuevo juego en el que iba a tener que competir con El Chino. Cuando lo hizo intentó un protesta hecha sin ninguna convicción. El hombre respondió apoyando un fajo de billetes sobre la mesa.

-Este pozo -dijo- cubre lo que ha perdido y lo duplica.

Ismael estudió la cara descompuesta del chino y el montón de plata apilado frente a sus ojos. Sopesó sus ya casi dos semanas de abstinencia sexual contra la descarga reciente de su oponente y

pensó que un cambio de juego podría ser ¿por qué no? un cambio de suerte.

Se levantó de la silla de un tirón, como si estuviera respondiendo a una orden militar y, después de dirigirle a su auditorio expectante una larga y lenta mirada de héroe, enfiló hacia el otro salón.

-¡Apliquense señores que la noche es corta! -dijo en voz alta.

El hombre lo siguió después de levantar la plata de la mesa y detrás de él se precipitó el resto arrastrando casi el cuerpo del chino.

Fátima dormía la mona sentada y cuando la alzaron se despertó revolviéndose enojada en el aire, pateando y puteando más que nunca. Todavía no se le había ido ni la mitad del pedo. La volvieron a acostar de espaldas sobre la mesa, la desnudaron y otra vez la abrieron en ve corta.

Ismael avanzó resueltamente hacia ella. Una mano le arrimó una ginebra que apuró de un envión y una voces corearon algo que ya no escuchó. Las bellas piernas morenas de Fátima que se elevaban hacia el cielo, las curvas, la firmeza de los glúteos y el entreabierto tajo lo estaban llamando.

La abstinencia de diez días lo apuró, el roce de su propia ropa al caer contribuyó con la erección y fue casi un solo ademán afirmarse agarrándola con las dos manos de la cintura y mandársela a guardar hasta el fondo. La presión de las manos de Ismael sobre la piel y la cornada profunda entrándole despabilaron a Fátima, que abrió los ojos y escupió el pecho del hombre, revolviéndose inútilmente y regresando después a su somnolencia despectiva. Ismael, abstraído, ni sintió el gargajo. Con los ojos apretados entraba y salía imaginando otra versión de esa noche, donde nadie atenazaba la voluntad de la hembra, donde esa caricia en tubo húmeda y caliente que le envolvía la verga era voluntaria y nada más que para él.

Acabó como una fiera después de unas pocas embestidas y se retiró de la mesa evitando mirarla. No quería encontrarse con los ojos de Fátima y que la repulsión o el odio de esa cara lo perdieran. Caminó hacia una silla apartada manteniéndose en guardia contra sus propias reacciones, atajándose contra el remordimiento, algo que, después de acabar, había solido atacarlo alguna vez.

“¡Ahora no carajo!”, pensó, “¡Ahora no!”

Con mucha precaución se decidió a contemplar la sala desde su asiento y lo alivió que la escena no lograra affigirlo en absoluto sino que hasta le resultara divertida. Alguien lavaba la vagina de Fátima con una esponja o un trapo sosteniéndole una palangana entre las piernas. Mientras ella se reía y corcoveaba carajeando con las cosquillas, El Chino, su rival, desesperado, basureado por las cargadas, manoseaba frente a ella la inútil flacidez de su miembro.

Sintió que se agrandaba como uno de esos boxeadores que van ganando la pelea y contemplan desde el rincón neutral los estragos que acaban de producirle al contrincante. Quería más. Quería noquear. Quería escuchar la campana de inicio del siguiente round.

Unos minutos nomás, unos minutos de concentración para la nueva embestida. ¿Cuántos tendría? Miro al chino que seguía ahí sin darse aun por vencido. ¿Cinco minutos? Cerró los ojos buscando escenas que lo ayudaran. Tenía a montones, a montones, pero ¿cual era la que le iba a servir, cual? No sirven las mismas imágenes siempre. No, hay que revolver entre los recuerdos. Vamos carajo, vamos. Se esforzó y la encontró muy atrás en el tiempo, a los diez años en la casa paterna en Berisso, en el viejo almacén de la calle Montevideo al fondo, entre cajas de galletitas, entre el aroma familiar de la yerba y del humo de tabaco que venía del patio donde los mayores festejaban algo. Hasta ese escondite se habían escapado con una prima. Diez años los dos, diez él y diez Alina. ¿Y ahora que hacemos Ali? Le había preguntado. El ambiente estaba en penumbras pero se veía todo bien ¿Qué hacemos, eh? ¿qué hacemos? Le había vuelto a preguntar. Esa sensación terrible y deliciosa en la pija y en las tripas lo estaba matando otra vez, como siempre desde hacía no mucho tiempo. Qué hacemos quería decir también, cómo lo hacemos y por favor hagámoslo. Alina miró la puerta un par de veces. ¿Vamos a coger, Isma? dijo riéndose. Así nomás dijo ¿Vamos a coger, Isma? Y bueno dale, le había contestado casi sin poder respirar y quedándose hecho una piedra con el corazón rompiéndole el pecho. Él justamente que siempre alardeaba de macho frente a su prima que se reía como loca de sus cuentos zarpados. ¿Y ahora qué? Congelado, tieso, muerto de miedo y de calentura con tantas ganas de verla desnuda como de salir corriendo a esconderse. Pero Alina se encargó de

todo. Le desabrochó el cinturón, le corrió el cierre del pantalón, le bajo el calzoncillo hasta los muslos y se la empezó a tocar. Eso le hizo volver el alma al cuerpo y empezó él también a tocarla. Y así habían estado, tocándose con desesperación durante un rato largo.

Ahora de nuevo, tantos años después la manito de Alina le acariciaba la verga con la cadencia de una experta. Aquella vez no se le había parado bien, era un chico, no se le paraba bien todavía, solamente la misma deliciosa sensación aunque mejor, más plena bajo la presión de los dedos de su prima. Pero ahora sí se le paraba y cómo. Ni diez minutos habían pasado y ya se animaba para otro polvo. ¡Vamos turco todavía! Hubiera querido gritarle a todos esos roñosos ¡Atájenme si pueden carajo!

En ese mismo instante ponían sobre la mesa frente a él el fajo de plata que había ganado porque El Chino, al fin, había reconocido su derrota.

Agarró el fajo de plata, lo levanto y dijo:

-¡Todo esto contra lo que tengan por una segunda vuelta!

Escuchó:

-¡Hecho!

Enfiló recto hacia la mesa con un mascarón de proa entre las piernas. Esta vez él mismo sujetó y abrió las piernas de Fátima y al penetrarla la miró a la cara. Los ojos renegridos lo quemaron, y él, en ese fuego, quiso ver un fondo de placer, un gozo escondido y, cerrando los ojos, se fue otra vez como nunca.

Terminó con un resuello de toro y una ovación le hizo de eco. Le alzaron el pantalón, lo levantaron en andas, le llenaron los bolsillos con plata y vivaron su nombre. La mujer fue retirada y El Chino abandonó el hotel como un ánima. Bebió todo lo que le sirvieron y cantó y bailó como en murga. Al amanecer, borracho y feliz, se retiró a los abrazos a su habitación y durmió como nunca, sin sueños.

Cerca del mediodía se despertó con un rayo de luz en la cara. Miró por la ventana: el cielo radiante y la fina capa de nieve en la calle anunciaban que la tormenta había terminado. Hoy tal vez los caminos no estuvieran limpios del todo, pero al día siguiente seguro que sí. La nevada no había sido intensa. Sería tiempo de abandonar ese pueblo. Recordó la noche anterior. Se levantó, contó y acomodó la plata, se dio una ducha bendita, se afeitó, se vistió, guardó la ropa en el bolsón y, después de cerrarlo, volvió al baño a mirarse por última vez en el espejo. Pensó que no había nada más lindo que debérselo todo a sí mismo y que un campeón no tiene nada de que arrepentirse

Abandonó la habitación con hambre y se encaminó hacia el bar. Ya era hora de almorzar para los demás mortales, pero a él se le antojaba un café bien dulce y cargado antes de averiguar en qué momento podría irse.

Ni bien atravesó la puerta del bar, dos armas, una escopeta de dos caños y un revólver colt largo casi le pincharon la cara al apuntarle. Una voz pausada le ordenó que se ubicara y una mano se alzó para señalarle el final de una fila de hombres. Obedeció sin preguntar. Hombres armados custodiaban todas las puertas y le apuntaban al bolichero a la cabeza; Fátima, secundada por otros dos hombres con rifles, recorría la fila mirando pensativa las caras. No guardaba señas del trajín de la noche anterior.

Lo primero que pensó Ismael fue que los dueños del garito al final siempre habían sabido quien era el entregador y que lo habían encontrado, pero no llegó a desesperarse porque ¿Qué tenía que ver Fátima en todo eso? ¿Qué hacía ahí? ¿Qué podía saber ella de él, de su pasado a más de mil kilómetros de ese lugar?

Le preguntó en voz baja al tipo más cercano que tenía qué estaba pasando.

-¿Quiénes son, que buscan?

-Los patrones de Fátima. Buscan a los tipos que la forzaron.

Ismael pensó que todo era muy extraño, que lo que estaba pasando era muy extraño y fuera de lugar, que no tenía por qué ser de este modo, que no podía ser.

Miró la ventana junto a él y recordó que los postigos se abrían hacia afuera, hacia la vereda y dedujo con rapidez que si saltaba en ese preciso momento y enfilaba corriendo derecho hacia la

camioneta tendría alguna posibilidad de escapar.

Entonces sucedió que cuando ya tomaba impulso para largarse contra la ventana, cuando ya había sacado del bolsillo las llaves de la camioneta y las apretaba en la mano, notó que Fátima pasaba de largo frente a los otros violadores, que se detenía frente a cada uno de ellos durante unos segundos, los miraba fijo, decía que no moviendo la cabeza y avanzaba hacia el siguiente y hacía lo mismo o le pasaba lo mismo: no los reconocía, no los señalaba, no estaba inculpando a nadie.

Ismael pensó que la cosa estaba clara: o Fátima no quería culpar a nadie o no se acordaba de nada.

Entonces, como tantas veces, le vino a la cabeza o al cuerpo mejor dicho, una pregunta con dos respuesta posibles, dos suertes: mala o buena. Se acomodó el pelo con las manos y esperó. Una sensación en las tripas lo hizo sentirse más vivo que nunca.

En un par de minutos Fátima llegó hasta él. Ni bien lo vio reculó medio paso y abriendo los dos ojos negros como el carbón alzó la mano apuntándole con el dedo índice a la cara.

-¡Este! -chilló- ¡Este estaba! ¡Me acuerdo bien porque fue el hijoeputa que repitió!

Ismael se dio vuelta y saltó hacia la ventana. Los postigones se abrieron violentamente con el impacto de su cuerpo y él cayó a la vereda escarchada. Se incorporó y corrió hacia la Land Rover con las llaves en la mano. La primera descarga lo alcanzó a pasos del vehículo. Tirado en el piso, malherido, levantó la mano con la llave y comenzó a girarla como si ésta ya estuviera adentro de la cerradura. En esa mímica estaba cuando lo remataron.

© ALFREDO BENIALGO

[alfbenialgo@gmail.com](mailto:alfbenialgo@gmail.com)